
LA RENOVACIÓN DE OCCIDENTE

(Acotaciones a Spengler)

I

Desde la cresta más alta que separa las dos vertientes opuestas del Ochocientos y del Novecientos, Spengler ha descubierto las perspectivas de la historia universal, tal como se presenta a la conciencia de la nueva época que se inicia. Pero la ha visto con los ojos de la época anterior, y a través de las gafas pesimistas del naturalismo alemán. Los que llegamos en pos de Spengler y vemos ya con los ojos de este tiempo, tenemos que rectificar algunos errores de su doctrina, determinados por la intervención en ella de elementos conceptuales correspondientes al orden de conciencia que trasponemos.

Spengler, situado entre dos edades, si mira por una parte hacia el oriente de la cultura que nace, por otra refleja las luces del poniente humanista. Spengler podría ser definido, acaso, como el último gran pensador de la época que termina; al modo que Verhaeren puede ser definido como su último gran poeta. Ambos, de pie sobre la alta colina que marca el límite de dos tiempos, han alcanzado a ver el Futuro, pero no han podido entrar en él.

Tal concepto acerca de Spengler estaría, por lo demás, en íntima concordancia con el concepto que él mismo tiene de su propia filosofía de la historia; la última y única filosofía posible para el Occidente.

Y acierta Spengler al considerar así su filosofía, en cuanto al Occidente a cuya decadencia se refiere, es el Occidente que llamamos humanista, que alcanzó su máximo esplendor en el Ochocientos. Todos los conceptos spenglerianos acerca de la decadencia del Occiden-

te, son de una evidente exactitud, si los referimos a la cultura humanista, cuyas posibilidades creadoras están agotadas, cuya última forma está en el Socialismo, y cuya única perspectiva—período final de civilización, correspondiente al *Imperium* romano—es la aplicación práctica de todos los conocimientos, los inventos y las disciplinas producidas por sus ciencias y sus artes.

Pero Spengler no ha visto que del seno mismo de esta cultura consumada, agotada espiritualmente, está surgiendo otra forma de cultura, cuya expresión o cuya *fisiognómica*, para emplear su lenguaje, es visible ya, en lo estético y aún en lo científico, si bien en su período embrionario; no ha visto cómo, la conciencia occidental, se está desprendiendo de toda la estructura cultural de una época, y proyectando, desde el plano esencial, primario, en nuevas direcciones, que determinarán la estructura de mañana.

Y es que Spengler—pensando dentro del concepto naturalista propio de la época que termina, ha interpretado los procesos culturales de la historia, como fenómenos puramente naturales, desconociendo su esencia espiritual. Spengler ha descubierto que la "cultura" es la verdadera *substancia* histórica. Pero no ha descubierto que el *sujeto* histórico, no es la cultura, sino el Espíritu. El concepto naturalista de Spengler es, no sólo propio de la mentalidad humanista que trasponemos, sino característico de la mentalidad alemana. La filosofía alemana — desde la Reforma — se ha desarrollado en dos líneas paralelas, que en ciertos casos llegan a aproximarse tanto que se tocan: el idealismo y el naturalismo. Kant

y toda la progenie criticista hasta nuestros días, representan la primera. Goethe, Schopenhauer, Hartmann, Nietzsche (y, también, Spinoza) la segunda. Puede decirse que, por lo demás, estas dos grandes corrientes dominan en conjunto el pensamiento filosófico de toda la época, pudiéndose así mismo señalar, no obstante, que la corriente criticista, más genuinamente nacionalista—antes y después de Kant—se detiene en el límite de su cultura, que no puede pasar, como el pez, en el límite de las aguas y la atmósfera,—en tanto que la corriente naturalista, penetra en el Novecientos, pues posee facultades en cierto modo anfibias, si bien su penetración no puede pasar de las primeras capas del nuevo tiempo. Spengler, pensador profundamente alemán, característicamente alemán, deriva de esa segunda línea naturalista, reconociendo él mismo, en Goethe y en Nietzsche, los inspiradores de su doctrina. “De Goethe es el método; de Nietzsche los problemas”.

A fuer de naturalista y de alemán, Spengler no ha podido interpretar su visión de los cielos culturales, sino en un sentido naturalista, considerando las culturas históricas como puros organismos biológicos, como sujetos, por tanto, a formas necesarias de desarrollo, correlativas en todos los casos, susceptibles de reducirse a una esquema morfológico específico, y dando lugar, por consecuencia, a lo que él llama “una filosofía del sino”.

La filosofía de Spengler es como un formidable edificio, que teniendo toda su masa en el plano de la cultura anterior, penetra con su torre aguda en el plano de la nueva manifestación cultural.

De toda la doctrina spengleriana—magnífico mausoleo del Humanismo!—sólo tiene validez durable y trasmisible para nosotros, los que respiramos fuera de sus grandiosas bóvedas, su idea más alta: la de las diversas culturas como entidades históricas independientes, de estructura propia, de proceso evolutivo cíclico. Esta sola idea genial, si es que inicia la conciencia histórica del nuevo tiempo por cuanto se opone, radicalmente, al concepto histórico característico de la mentalidad humanista: unidad y trasmisión de la cultura, en una corriente de evolución continua, a través de todos los cambios históricos. Lo cual implicaba,

necesariamente, el concepto de la universalidad y de la absolutidad de los valores estéticos y morales, según el ideal del Progreso.

En cambio de ello, la nueva conciencia histórica, al establecer la autonomía orgánica de cada cultura, estableció así mismo, la relatividad de todos los valores culturales. Por tal, es que podemos llamar a esta nueva concepción de la historia *relativismo histórico*, en cierto modo correspondiente al relativismo físico concretado por Einstein.

II

Pero, a la interpretación naturalista de Spengler—propia de la mentalidad anterior—nosotros oponemos una interpretación espiritual. Concebimos las culturas como organismos, pero como organismos psíquicos, no sujetos, por tanto, a las leyes biológicas del cuerpo, sino a las finalidades del espíritu. Es el espíritu el protagonista del drama de la cultura.

Concebimos cada cultura, como el conjunto de experiencias y de expresiones propias de un cierto modo de conciencia; conjunto que es un orden funcional, y en este sentido es comparable a un organismo; modo de conciencia que es, a su vez, un orden psíquico, un régimen orgánico de la mente.

Todas las formas de una cultura—éticas, estéticas, científicas, filosóficas, políticas—tienen una unidad orgánica, porque son expresiones de una misma personalidad histórica. Igual sería decir, una misma alma—como dice Spengler; (alma griega, alma mágica, alma fáustica)—pues ambos términos indican un mismo *ente* psicológico; sólo que, *personalidad* nos parece término más concreto y preferible, para este uso, por cuanto determina el alma — no de modo abstracto, y como *ente* puro — sino en relación con los factores físicos e históricos que la condicionan en la realidad de sus caracteres. Una cultura, es decir, una personalidad histórica—de la cual participan, en modo microcósmico, todos los individuos pertenecientes—no es, en abstracto sino un especial modo de sentir y de pensar, que se manifiesta en formas características. De ahí que una cultura no esté necesariamente ligada a un pueblo ni a una región, sino que comprenda pueblos y regiones diversas, pues obra por trasmisión mental. El hombre adquiere los caracteres psí-

quicos de la cultura en la cual se forma. Así una cultura se extiende más o menos, según la acción expansiva que despliegue. Un musulmán, un indú, un chino, un negro del centro del África, un indio de América, traído desde su infancia al seno de la cultura occidental moderna, o más precisamente, de la cultura humanista de la época que termina, se hace un individuo de cultura humanista, tal como un occidental cualquiera, salvo aquellos matices que acaso pudieran determinar tendencias atávicas. De igual manera, la influencia de la cultura occidental llevada a las regiones de Oriente donde—superviven otras culturas distintas—determina una mayor o menor expansión según la densidad del medio cultural en que actúe. Ello significa que una cultura es un organismo psíquico, que obra psíquicamente, conformando las conciencias. Conformándose, no mediante ninguna educación metódica, sino por acción directa del ambiente cultural sobre el individuo, acción en la cual intervienen, antes y por encima de toda enseñanza intelectual, los factores emocionales, estéticos, tradicionales y religiosos, es decir, subconscientes.

Todas las culturas tienen un fondo común, o, por mejor decir, les son comunes ciertas esencias, que constituirían las cualidades mismas del espíritu humano. Estas esencias asumen formas y direcciones diversas, o, en más precisos términos, evolucionan de distinto modo en cada cultura; así como la vida evoluciona de distinto modo en cada planeta. (La mentalidad vulgar no concibe la habitabilidad de los otros planetas, sino refiriéndola a formas de conciencia semejantes a las de la humanidad terrestre).

Puede admitirse que toda cultura se desarrolla dentro de un cuadro morfológico determinado por la constitución psíquica, y que sus posibilidades de desarrollo, así en la continuidad del tiempo como en la multiplicidad de las formas, son limitadas. En este punto, la comparación con las plantas, que hace Spengler, sería bastante exacta, mas, si sólo la refiriéramos a esa limitación morfológica; no lo sería ya, si quisiéramos entender que esas formas y ese límite están pre-determinados en el prin-

cipio de cada cultura, como las plantas lo están en sus simientes.

De antemano sabemos que, tal simiente, desarrollará tal planta, y que ésta tendrá tales formas precisas y se producirá de tales modos. Su proceso es puramente biológico, y por tanto determinable. Pero el proceso de una cultura es psíquico e indeterminable en la multiplicidad de sus contingencias.

Sólo sabemos que, dentro del límite de su evolución propia, todas las formas posibles de una cultura histórica, guardan un orden estricto de relación con el principio determinante de esa cultura, y que todas sus formas y maneras serán manifestaciones de ese mismo principio activo, obrando en condiciones diversas. Pero llega un momento en que la conciencia actuante dentro del círculo de sus propias posibilidades, agota todas las formas posibles; o, dicho en otra imagen, agota todas las combinaciones posibles de sus factores primarios; o, aún en otra: realiza todas las experiencias posibles dentro de su propio orden. Después de haber llegado a ese punto, una cultura puede subsistir, pero repitiéndose a sí misma, indefinidamente; puede subsistir, pero conservándose tradicionalmente, ya sin producir nada nuevo: su evolución ha terminado. La India y la China se mantienen así desde hace siglos. También la Iglesia Católica—representante de la cultura medioeval—ha subsistido, durante toda la época racionalista, y subsistirá aún por tiempo que no puede preverse conservándose en su estado tradicional, (Miguel Ángel puso al Vaticano la cúpula que termina y cierra su ciclo de evolución).

Estamos ahora frente a otro de esos fenómenos de consunción de una cultura: la cultura humanista, o racionalista; mas no la occidental, a menos que imaginemos el devenir de un dominio universal y ecuménico.

La decadencia cultural, frente a la cual nos hallamos, y cuyos límites ya hemos traspuesto, es la del ciclo humanista que comienza en el siglo XV, con el llamado Renacimiento, alcanza su altura máxima a fines del XVIII, y se prodiga magníficamente a través del XIX, para declinar rápidamente en el período que va desde los últimos años del siglo pasado a los primeros del presente.

Se dirá que, veinte o treinta años, es período demasiado breve para encerrar la decadencia de una cultura. Pero, nosotros no afirmamos que la cultura humanista esté ya materialmente muerta. Al contrario, su estructura histórica se mantiene en pie, vivimos y viviremos todavía, dentro de la civilización humanista. La organización sociológica, la cultura universitaria y el arte oficial de este tiempo, pertenecen aún a la época humanista: la época se prolonga en ellos.

Por otra parte, los cuatro o cinco siglos que comprendería la época racionalista, pueden parecer campo muy estrecho para el desarrollo de una cultura, si pensamos en el tiempo que abarcaron otras; los diez siglos de la cristiana, los quince, por lo menos, de la heleno-latina, y los tiempos mucho más extensos de la cultura egipcia, la indú, la china, o las precolombianas de esta América.

Pero no puede asignárseles a la evolución o duración de las culturas un tiempo igual, ni aproximado. Ese tiempo depende de factores especiales en cada caso y, ante todo, del ritmo propio de cada una. No podemos asimilar el ritmo lentísimo de las culturas asiáticas, con el ritmo, cada vez más acelerado, de las culturas de Occidente.

La India, el Egipto, necesitaron siglos para desarrollar elementos que, la cultura racionalista, por ejemplo, desarrolló en decenios. Las culturas antiguas—como los monstruos de la fauna prehistórica, eran de movimientos lentos y pesados. Eran, también, de estructura más simple; pero esta simplicidad implicaba menos articulación, movilidad más difícil, permanencia más larga es una forma.

El tiempo de evolución y duración de las culturas, es una ley propia de cada una; como es enteramente propia, singular, la manera de evolucionar de cada una. Creemos que es un error *naturalista* de Spengler, el pretender trazar un esquema formológico evolutivo de las culturas, como si todas debieran necesariamente ajustarse a las mismas leyes, pasar por los mismos estados, nacer y morir del mismo modo.

III

1 El actual movimiento de renovación psí-

quica del occidente euro-americano, es una negación rotunda del concepto de Spengler, en cuanto establece que, nuestro tiempo integra una cultura que ha entrado en su período de decadencia, en su invierno histórico.

Si la decadencia de una cultura se caracteriza por el agotamiento de la actividad creadora, por el término del proceso evolutivo, después de lo cual sólo le resta, como perspectiva, la conservación, la repetición, convirtiéndose en un cuadro de formas civilizadas, sin contenido espiritual, nada tan opuesto a tal estado, como la conciencia del Novecientos.

En los esquemas evolutivos trazados por Spengler—esquemas grandiosos sin duda, pero arbitrarios, lo que él llama Cultura occidental, y que, más propiamente debiera llamar cultura germánica, comienza en tiempos merovingios, comprende la Edad Media, el Renacimiento y la Reforma, la época Rococó, la Enciclopedia, el Criticismo, la Democracia, las catedrales góticas, el barroco, los rascacielos yanquis, la pintura del Giotto y la de los impresionistas, las leyendas caballerescas y la novela naturalista, la nobleza feudal y el socialismo de Estado, todo integrando un mismo proceso evolutivo que, llegado a nuestros días, se prolonga aún doscientos o trescientos años más, en una etapa de fatal agotamiento, en que sólo habrá *civilización*, es decir, repetición de las formas, ya vacías de la cultura.

Sin querer — ¿o queriendo?... — Spengler identifica la cultura occidental, tal como él la esquematiza, con la raza germánica. Lo que él llama *alma fáustica*, es el alma germánica de la que hace verdadera substancia de este proceso cultural. Hay algo en la concepción de Spengler, necesariamente ligado a la mentalidad de la Alemania imperial. En último término, su concepción de la cultura occidental sería *étnica*, aun cuando, en principio, afirma que las culturas son organismos independientes de las razas. Su esquema de la cultura occidental, podría ser, empero, la historia de la raza germánica. Occidente y germanidad son términos que se identifican en la concepción morfológica de Spengler.

Esa concepción spengleriana requiere ser rectificad — en su doble equívoco naturalis-

ta y germanizante—para que deje de ser filosofía de la decadencia "fáustica", transformándose en la ciencia histórica del Novecientos.

A la concepción spengleriana,—que puede también ser considerada como la forma culminante del Pesimismo alemán, el cual es, a su vez, la faz negativa del pensamiento humanista—enfrentemos nuestra concepción espiritual de las culturas. Diríamos concepción psicológica si esta expresión no fuera mal entendida.

Existe hoy,—evidente en las direcciones originales del arte, de la filosofía, de la ciencia— una nueva conciencia en formación, y esta nueva conciencia, no es un estadio de la llama-

da cultura occidental,—y menos el estadio de decadencia, como interpreta Spengler — sino un ente cultural propio, como lo han sido el gótico y el humanista, en este mismo campo étnico y geográfico del Occidente.

Lo que está en decadencia, no es el Occidente, sino la cultura humanista—una de las culturas que han vivido en su campo etno-geográfico.—El fenómeno de renovación cultural que se está produciendo en el Novecientos — con una riqueza de perspectivas y de posibilidades enormes — es de caracteres enteramente opuestos a los que, el gran teutón señala como propios de la decadencia.

A L B E R T O Z U M F E L D E

